

imbéciles? Sondear las paredes con el extremo de vuestros bastones, con la punta de vuestras espadas, con las culatas de vuestras pistolas.

Los que llevaban los bastones y las espadas obedecieron inmediatamente, y se pusieron á golpear con encarnizamiento contra la pared.

Pero la pared, interpelada tan brutalmente, respondió con una voz fuerte, pero no hueca, como había esperado vagamente Mr. Jackal.

— Decididamente, hijos míos, dijo, tenemos que habérvoslas con gentes más diestras que nosotros.

— Ó como se dice vulgarmente, dijo Carmañola, estamos derrotados.

— Vamos, demos la última vuelta con los que llevan las antorchas. Alumbrar bien.

Entonces, los que llevaban las antorchas alumbraron la marcha, según había dicho Mr. Jackal, que iba detrás con su rompecabezas; en seguida, los que llevaban los garrotes, las espadas y las pistolas.

Cualquiera que hubiera entrado en aquel momento y hubiera visto aquellos hombres, encarnizados de aquel modo contra las paredes, de seguro los hubiera tomado por insensatos.

Habiendo respondido por todas partes las paredes *no*, se pasó de ellas á las baldosas, ejecutando sobre éstas la misma operación de golpear que se había ejecutado en aquellas.

Trabajo perdido, no se sentía el menor vacío, no se veía la menor grieta.

Al cabo de una hora de aquel ejercicio inútil, fué preciso renunciar á él, como se había renunciado al primero; y á falta de otras materias, golpearse la frente para sacar de

ella alguna cosa más útil que lo que se había sacado de las paredes y del pavimento.

Se entró, pues, en gran conferencia; pero como se probó, según las noticias recogidas antes y en aquel momento, que aquella casa no tenía cuevas, y que se componía sólo de la antecámara y la sala, todos los agentes, á excepción de su jefe, dieron gusto á la lengua, y encontraron más sencillo decir que había allí algún misterio ó alguna magia, que buscar más tiempo la palabra de aquel misterio, el secreto de aquella magia.

Sólo Mr. Jackal no desesperaba.

CAPÍTULO V.

EL POZO QUE HABLA.

Dos hombres levantaron el cadáver dislocado de Corta-el-Aire, y lo transportaron del interior al exterior.

Seis hombres permanecieron en la sala.

En seguida se apagaron las antorchas, y Mr. Jackal salió de la casa seguido de Carmañola y de Paja-Larga, que seguía al resto de la tropa.

Se dejó en la calle á los dos hombres que se habían quedado fuera, los que debían pasearse hasta el día de arriba abajo, por la calle de Postas.

Mr. Jackal se dirigió tan sombrío, tan silencioso como Hipólito, con la cabeza tan baja como la de sus caballos, ocupado de un pensamiento, no menos triste que el que ocupaba el espíritu de aquellos nobles animales hacia la calle del *Pozo que habla*.

Inmediatamente, después de Mr. Jackal, iban Carmañola y Paja-Larga.

Después de Carmañola y Paja-Larga, marchaba á paso arreglado al del jefe y los dos agentes principales, el resto de la brigada.

Pero en el momento de entrar en la calle del *Pozo que habla*, se detuvo Mr. Jackal.

Carmañola y Paja-Larga, viendo detenerse á su jefe, se detuvieron á su vez.

Siguió el ejemplo el resto de la tropa é hizo alto.

Parecía que salían gemidos de debajo del pavimento.

Aquellos gemidos habían herido el oído ejercitado de Mr. Jackal, y se había detenido para tratar de descubrir de dónde venían.

— Escuchad, dijo Mr. Jackal.

Al instante aplicaron todos el oído, los unos permaneciendo en pie é inmóviles en el punto en que estaban, los otros aplicando su orificio auditivo á lo largo de la pared, los otros aplicándolo al suelo como los salvajes de América.

El resultado de la auscultación fué, que un hombre lanzaba espantosos gemidos, y que aquellos gemidos parecían salir del centro de la tierra.

Pero ¿de qué punto preciso salían aquellos gemidos? Eso era lo que nadie podía decir.

— Decididamente, dijo Mr. Jackal, comienzo á creer que soy juguete de algún hábil encantador. Sesenta hombres evaporados como otras tantas ampollas de jabón, los pavimentos que piden socorro, los gemidos que vienen de no se sabe dónde, como en la *Jerusalén libertada* del Tasso, todo esto, hijos míos, da á nuestra investigación la importancia de un combate con un poder oculto. No nos

desanimemos, sin embargo, y busquemos la clave de estos fantásticos accidentes.

Después de este discurso destinado á levantar la moral de sus hombres, algo abatida por la muerte de Corta-el-Aire, y la desaparición de los conspiradores, aplicó de nuevo Mr. Jackal el oído, y todos los hombres, conteniendo su aliento, oyeron distintamente las quejas de una criatura humana, que parecía sepultada á cien pies debajo de tierra.

Dirigióse Mr. Jackal hacia un punto de la calle, y golpeando sobre una tabla elevada á tres ó cuatro pies del suelo, dijo:

— El ruido viene de aquí.

Acercóse Carmañola, y dijo:

— En efecto, la voz parecía salir de este pozo, y añadiré que esto no es asombroso, al menos para mí, puesto que nuestro negocio está en el *Pozo que habla*.

Muchos de nuestros lectores ignoran, sin duda, hasta el nombre de la calle y hasta la existencia del *Pozo que habla*. Apresurémonos, pues, á decirles, que esta calle está situada entre la calle de Postas y la Nueva Santa Genoveva, y que en la base del ángulo de esta calle, al volver sobre la calle de Postas, hay un pozo cerrado por encima del brocal con una tabla.

Este pozo ha dado el nombre á la calle.

Durante la edad media, los habitantes de aquel barrio no pasaban sin estremecerse, siendo de noche, por aquella calle, que concluía en un pozo abierto.

En efecto, muchos paisanos de los más bravos, muchos escolares de los menos tímidos declararon haber oído salir del pozo ruidos extraños, acentos raros, cantos proferidos en una lengua desconocida; otras veces era el ruido de martillos gigantescos que resonaba sobre inmensos yun-

ques; ora el resonar de cadenas de hierro, cuyos anillos parecía que durante horas enteras rozaban sobre baldosas de mármol.

Además, no era sólo el oído el único sentido desagradablemente afectado cuando se pasaba por la calle, ó cuando se permanecía en las inmediaciones de aquel respiradero del infierno, del que salían también mil olores infectos, mil miasmas deletéreos, emanaciones de azufre y de carbón, todas causas suficientes para que se desarrollasen las pestes y las fiebres que desolaron particularmente la población en los siglos XIV y XV ¿Quién causaba aquel ruido? ¿quién esparcía aquellos miasmas pútridos? Lo ignoramos. La leyenda se contenta con consignar el hecho, sin remontarse, ó más bien sin descender al origen; sólo que, como suele hacerse cuando se ignora la causa de un ruido subterráneo, se acusaba á una banda de monederos falsos, de que habitaban cavernas, con las que estaba en comunicación el pozo.

Por otra parte, las almas religiosas, veían allí, á la vez una amenaza terrible, y una advertencia cariñosa del Señor, que permitía que el ruido de los gemidos de los condenados subiese hasta la tierra por aquel formidable pozo que les servía de conductor.

Es cierto que un pozo de donde salían semejantes ruidos y que esparcía tales exhalaciones, podía ser llamado con razón *Pozo que habla*, y como acababa de hacerlo observar juiciosamente Carmañola, un pozo que en los siglos XIV y XV había lanzado tan grandes gritos, podía en el XIX lanzar algunos gemidos.

Digamos que ya iban algunos años transcurridos en 1827 de estar cerrado el pozo para los habitantes del barrio, sea porque estaba seco, ó porque el prefecto de policía hubiese

creído que debía acceder á las reclamaciones de algunos vecinos tímidos.

— Quitadme esa puerta, dijo Mr. Jackal á uno de sus hombres.

Aquel á quien se había dado la orden, avanzó con unas tenazas; pero al primer esfuerzo que hizo, vió que la cadena estaba rota.

La puerta, pues, cedió sin resistencia.

Mr. Jackal pasó su cabeza por la abertura, aplicó el oído, y oyó salir de las entrañas de la tierra estas palabras, pronunciadas por una voz cavernosa:

— Señor, Señor, haced un milagro por vuestro siervo fiel.

— Es una persona religiosa, dijo Paja-Larga persignándose.

— Señor, Señor, continuó la voz; confieso todos mis pecados, y me arrepiento de ellos. Señor, Señor, concededme la gracia de volver á ver la luz del cielo, y pasaré el resto de mis días, que os deberé, en bendecir vuestro nombre.

— Es particular, dijo Mr. Jackal; me parece que conozco esta voz.

Y escuchó aún más atentamente.

La voz repuso:

— Abjuro mis errores, confieso mis crímenes. Confieso haber sido toda mi vida un abominable malvado; pero pido perdón desde las profundidades del abismo.

— *De profundis clamavi ad te*, salmodió Paja-Larga, orando por el pecador desconocido.

— Seguramente he oído ya esa voz, murmuró Mr. Jackal, que tenía en el más alto grado la memoria de los sonidos.

— Yo también, dijo Carmañola.

— Si Gibassier no estuviese en este momento en el baño (presidio) de Tolón, donde debe encontrarse más caliente que aquí, repuso Mr. Jackal, diría que es él el que se halla *in extremis*, y hace su examen de conciencia.

El personaje que estaba en el fondo del pozo oyó sin duda aquel cambio de palabras encima de su cabeza, porque cambiando súbitamente de entonación, aulló más bien que gritó

— ¡ Socorro ! ; socorro ! ; al asesino !

Mr. Jackal meneó la cabeza.

— Grita al asesino, dijo, no puede ser Gibassier, á menos que pida socorro contra sí mismo.

— ¡ Socorro ! ; salvadme ! repitió la voz.

— ¿ Vives en el barrio, Paja-Larga ? preguntó Mr. Jackal.

— Á dos pasos de aquí.

— ¿ Debes tener un pozo ?

— Sí, señor.

— Entonces, ¿ en tu pozo habrá una cuerda ?

— De ciento cincuenta pies.

— Ve á buscar tu cuerda.

— Perdonad, Mr. Jackal, dijo Paja-Larga.

— Queda una polea, nada más fácil que bajar.

Paja-Larga hizo una mueca, que significaba: Fácil para vos tal vez ; pero no para mí.

— ¿ Qué es eso ? dijo Mr. Jackal.

— Ya voy, señor, dijo Paja-Larga, y desapareció por el lado del callejón de las Viñas.

Mientras tanto, la voz continuaba, y en el tono más alto de la escala, no ya como pecador arrepentido, sino como un blasfemo que juraba de la manera más espantosa.

— ¡ Salvadme, con mil demonios ! ; socorro ! ; ira de

Dios ! ; me asesinan ! ; trueno y rayo ! en fin, todos los juramentos que Galileo Copérnico había exigido á Fafou para dar más solemnidad á sus compromisos.

Sin embargo, los juramentos que se pueden permitir á un payaso sobre las tablas, no son excusables en un hombre enterrado provisionalmente á cien pies debajo de tierra.

Mr. Jackal inclinó la cabeza hacia el pozo, y gritó al paciente impacientado :

— ¡ Eh ! ; mil nombres de un diablo ! espera, que ya van.

— Dios os lo pague, respondió el desconocido, completamente tranquilo con aquella promesa.

Entretanto, Paja-Larga reapareció, llevando entre sus brazos la cuerda de su pozo, enrollada en forma de 8.

— Bueno, dijo M. Jackal, pasa tu cuerda por la polea ; ahora tienes un cinturón sólido, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, sí, Mr. Jackal.

— Pues bien, vamos á engancharle por la cintura y vas á bajar al fondo del pozo.

Paja-Larga retrocedió tres pasos.

— ¿ Qué es eso ? ¿ qué te da ? preguntó Mr. Jackal ; ¿ será que rehuses bajar á eso pozo ?

— No, Mr. Jackal, repuso Paja-Larga, no rehusó positivamente ; pero no quiero aceptar sin embargo.

— ¿ Y por qué ?

— Me está formalmente prohibido por mi médico el permanecer en sitios húmedos, á causa de la predisposición que tengo á los reumatismos, y me atrevo á decir que creo el fondo de ese pozo lleno de humedad.

— Te creía muy poltrón, Paja-Larga ; pero no tanto, dijo Mr. Jackal. Vamos, desata tu cinturón, y dámelo. Yo bajaré.

— ¿Pero no estoy yo aquí, Mr. Jackal? dijo Carmañola.

— Ya sé que eres un bravo, Carmañola; pero he reflexionado; prefiero bajar yo. No sé por qué, pero tengo buena opinión de lo que sabré en el fondo de este pozo.

— Naturalmente, dijo Carmañola, ¿no se dice que ahí se encuentra la verdad?

— Se dice en efecto, espiritual Carmañola, dijo Mr. Jackal fijando en derredor de sus riñones el cinturón de Paja-Larga, cinturón semejante al de nuestros bomberos, es decir, de unas cuatro pulgadas de ancho, con un anillo fijo en el centro.

Y ahora, continuó Mr. Jackal, dos hombres vigorosos para sostener esta cuerda.

— Aquí estoy yo, se apresuró á decir Carmañola.

— No, tú no, dijo Mr. Jackal, rehusando tan vivamente como Carmañola había ofrecido. Tengo gran confianza en tus fuerzas morales; pero ninguna fe en las físicas.

Dos de los que llevaban las antorchas, dos hombres rebajuelos, trabados, cuadrados, robustos y nudosos como encinas, se apoderaron de una de las extremidades de la polea.

Después de lo cual, Mr. Jackal, luego de haber hecho entrar en el anillo el gancho de hierro fijo en la otra punta de la cuerda, subió sobre el brocal del pozo, y dijo á sus hombres con una voz en la que era imposible notar la menor alteración:

— Atención, hijos míos.

CAPÍTULO VI.

DONDE SE PRUEBA QUE SÓLO LAS MONTAÑAS NO SE TROPIEZAN.

Los dos hombres, con la rodilla izquierda apoyada contra el brocal del pozo y el pie derecho un poco hacia atrás, aguardaban la última orden.

Mr. Jackal les miró levantando sus anteojos, aunque de la posición elevada en que estaba podía verles perfectamente sin tomarse aquel trabajo.

En seguida, pasando momentáneamente su bastón debajo del brazo:

— ¡Ah! dijo.

Y como un hombre que en el momento del viaje olvida alguna cosa importante, registró su bolsillo, sacó de él su caja de tabaco, la abrió con ansia, introdujo en ella el pulgar y el índice, y se llenó la nariz con un enorme polvo.

Después de lo cual volvió á coger su bastón, mueble que no carecía de importancia en el descenso que iba á intentar.

— ¿Y ahora, estáis? preguntó.

— Sí, Mr. Jackal, respondieron los dos hombres.

— Adelante entonces, lentamente y sin sacudidas, porque las paredes de este pozo no son precisamente de seda.

Y cogiendo la cuerda con una mano, á un pie por debajo de su cabeza, mientras que con la otra, con ayuda de su bastón, intentaba siempre mantenerse á una distancia conveniente de la pared, se dejó ir, manteniendo

el cuerpo en perfecto equilibrio en medio del espacio, en el centro del pozo.

— Soltad-poco á poco, y de vez en cuando un poco de detención. Andad.

Los dos hombres soltaron la cuerda, pulgada á pulgada, y Mr. Jackal desapareció poco á poco en el pozo.

— Muy bien, muy bien, dijo una voz, que gracias á la bocina inmensa que le servía de conductor, comenzaba á ser tan lúgubre como la del desconocido.

Éste, que sentía venir á su socorro, había cesado en sus lamentaciones.

— ¡ Oh ! nada temáis, le gritó á Mr. Jackal, no está muy profundo ; un centenar de pies apenas.

Mr. Jackal nada respondía ; la idea de que tenía aun veinte metros que recorrer para llegar abajo, le preocupaba. Inútilmente su mirada hubiera querido penetrar en la obscuridad, porque estaba en un golfo lleno de tinieblas.

— Andad siempre, dijo, un poco más vivo solamente. Y cerró los ojos.

Su descenso se hizo entonces más rápido, y al cabo de ocho ó diez brazas de cuerda, ponía el pie sobre el suelo, cuya humedad tanto había asustado á Paja-Larga.

— ¡ Eh ! dijo al desconocido, no me prevenís que estáis en el agua hasta el trasero.

— Soy por ello muy feliz, caballero, respondió el desconocido, porque esa agua es la que me ha salvado ; sin esta agua me hubiera deshecho el cráneo ; pero mirad, ahí enfrente de mí hay una especie de promontorio, donde estaréis con los pies secos, ó poco menos ; además, vos no contáis con permanecer aquí, ¿ no es verdad ?

— Indefinidamente no, respondió Mr. Jackal ; pero tal vez durante algunos minutos.

Mr. Jackal, con la ayuda de su bastón, desvióse de la línea recta, y tocó el promontorio indicado.

Apenas había sentado su pie, cuando sintió sus piernas ceñidas por los brazos del desconocido, que enlazándole con todas las fuerzas que le quedaban, le besaba los pies en señal de reconocimiento, repitiéndole en todos los tonos de la alegría y la felicidad :

— ¡ Me salváis la vida, me libráis de la muerte ! Desde este momento os pertenezco en cuerpo y alma.

— Está bien, está bien, dijo Mr. Jackal, que sentía que las manos reconocidas del desconocido se extraviaban hacia el lado de su muestra. Decidme lo primero cómo os encontraréis aquí, amigo mío.

— He sido robado, asesinado y arrojado en este pozo, mi querido señor.

— Está bien, dijo Mr. Jackal, soltadme. ¿ Y cuánto tiempo hace que estáis en este pozo ?

— ¡ Oh ! caballero, el tiempo parece muy largo en semejante situación, y me han llevado mi muestra. Por otra parte, añadió el desconocido, aunque me la hubieran dejado, no vería lo bastante para reconocer la hora.

— Está lleno de buen sentido lo que decís, repuso Mr. Jackal. Pero como no veréis más en mi reloj que en el vuestro, os suplico que lo dejéis tranquilo donde está, ó más bien donde ya no está, porque os prevengo que acabo de ponerlo en seguridad.

— Pues bien, caballero, respondió el desconocido sin herirse lo más mínimo por las sospechas injuriosas de Mr. Jackal, debe haber hora y media, poco más ó menos, que he sido asesinado.

— ¡ Y conocéis á vuestros asesinos ?

— Los conozco, sí, señor.

- Entonces ¿podréis entregarlos á la justicia?
- No, al contrario, eso es imposible.
- ¿Por qué?
- Son amigos.
- Muy bien; ahora os conozco.
- ¿Me conocéis?
- Sí, y sois uno de mis más antiguos conocidos.
- ¿Yo?
- Y aun cuando os neguéis á decirme el nombre de vuestros amigos, os pido permiso para deciros el vuestro.
- Sois mi salvador y nada puedo rehusaros.
- Sois Gibassier.
- Y vos no estabais aún en el pozo, cuando ya os habia reconocido, Mr. Jackal. ¡Cómo nos volvemos á encontrar, caramba!
- Es verdad. ¿Y cuánto tiempo hace que habéis salido de Tolón, querido Mr. Gibassier?
- Un mes poco más ó menos, mi buen Mr. Jackal.
- ¿Presumo que sin accidente?
- En efecto, sin accidente.
- ¿Y desde entonces os ha ido siempre bien?
- Bastante bien, gracias, al menos hasta esta noche, en que he sido robado, asesinado y arrojado en este pozo, y durante la que he estado á punto de ser despedazado mil veces antes de llegar aquí.
- ¿Y cómo es, mi querido Mr. Gibassier, que habiendo caido de tan alto no os encuentro más bajo, porque tenéis trazas de hallaros maravillosamente bueno?
- Si no fuesen dos ó tres cuchilladas, sí, señor, en efecto, no estaria mal; y preciso es para que yo no haya muerto diez veces después de una caída semejante, que haya verdaderamente un Dios para las gentes honradas.

- Comienzo, en efecto, á creerlo también, dijo Mr. Jackal. Veamos ahora, ¿os agrada contarme en pocas palabras cómo os encontráis aquí?
- Con el mayor placer; pero ¿por qué no allá arriba?
- Allá arriba no estaríamos tan libres como aquí; habria oídos que nos escuchasen, y después, como decia juiciosamente Carmañola...
- Le conozco.
- Sí, ya lo sé.
- ¿Y qué decia Carmañola, mi buen Mr. Jackal?
- Decia, que la verdad estaba en el fondo del pozo; y comprenderéis, querido Mr. Gibassier, que si no estaba la verdad...
- ¿Qué?
- Que la dejaremos aquí nosotros.
- ¡Oh! Mr. Jackal, yo os lo diré todo, todo, todo.
- Entonces, comenzad.
- ¿Por dónde?
- Por el relato de vuestra evasión; os conozco por un hombre de imaginación, este relato debe estar lleno de incidentes nuevos, novelescos y...
- ¡Oh! en cuanto á eso, Mr. Jackal, dijo Gibassier con el aire de un artista seguro de su efecto, quedaréis contento de mi relato. Solamente siento no poderos hacer mejor los honores de la casa, y no tener siquiera un asiento que ofreceros.
- No os inquietéis por eso, tengo uno.
- Y Mr. Jackal tocó un resorte de su bastón, que al momento, como las hechicerías, se desarrolló doblándose. Levantando entonces la cabeza dijo:
- ¡Eh! ¡ah de arriba!
- ¿Qué hay, Mr. Jackal? respondieron los agentes.

— Hablad de vuestros asuntos, y no os inquietéis por mí, porque tengo los míos.

En seguida, sentándose:

— Comenzad, querido Mr. Gibassier, os escucho. Las aventuras sucedidas á un personaje de vuestra importancia, interesan á la sociedad entera.

— Me lisonjeáis, Mr. Jackal.

— No, os lo juro, solamente prociamo la verdad.

— Entonces, comienzo.

— Os espero ya hace muchos segundos.

Y se oyó el ruido que hacia Mr. Jackal tomando un enorme polvo.

CAPÍTULO VII.

LA HIEDRA Y EL OLMO.

Concedido este permiso por Mr. Jackal, comenzó Gibassier en efecto.

— Me permitís poner un título á esta aventura novelesca, ¿no es verdad, Mr. Jackal? Los títulos tienen de bueno, que reasumen en algunas palabras la idea predominante del poema, de la novela ó del drama.

— Habláis del asunto como escritor consumado, dijo Mr. Jackal.

— Yo había nacido para ser hombre de letras.

— Pero me parece que no habéis errado vuestra vocación.

— ¿No habéis sido condenado una vez por falsificar letras de cambio?

— Dos veces, Mr. Jackal.

— Dad, pues, un título á vuestra aventura; pero hacedlo pronto, porque el suelo de nuestra sala no está muy seco.

— Le llamaré, pues, *La hiedra y el olmo!* título tomado, si no me equivoco, del bueno de La Fontaine ó de cualquier otro fabulista.

— No importa.

— Me fastidiaba en el presidio; ¿qué queréis? no amo el baño. No puedo acostumbrarme á él, sea que la sociedad que allí se encuentra no me conviene en manera alguna, sea que la vista de mis hermanos desgraciados me llenase de tristeza y conmiseración; en fin, el resultado es, que la permanencia en el presidio no podía convenirme. Yo ya no estoy en la primera juventud, y las ilusiones en que me mecía no ha mucho al pensar que habitaría en Tolón, ese Canaán de los presidiarios, esas ilusiones han volado. Ya no entro en el edificio más que con fatiga, con enojo, con disgusto, como un hombre extenuado, porque nada seductor encuentra en él mi imaginación. La primera vez que se va allá, es una querida desconocida; la segunda es vuestra esposa legítima, es decir, una mujer cuyos encantos no tienen ya ningún secreto para vos, y que la sociedad está pronta á hacerlos odiarla.

Llegué, pues, á Tolón; esta vez lleno de melancolía, triste, casi con spleen. ¡Aun si se me hubiera enviado á Brest! No conozco á Brest; la permanencia en Brest me hubiera rejuvenecido, reconfortado tal vez.

Pero nada. Por más que dirigí petición sobre petición al ministro de Justicia, bajo pretexto de higiene, el ministro fué inexorable.

Volvi, pues, á coger mi cadena, y es probable que la hubiese arrastrado apáticamente hasta mi última hora, si la sociedad de un camarada, joven, ingenuo y bueno, como

yo mismo lo he sido en otro tiempo, no me hubiera devuelto de repente á mi primer entusiasmo de amor á la libertad.

Mr. Jackal, que había tosido ligeramente cuando Gibassier había recordado su ingenuidad y su bondad primitivas, aprovechóse de la pausa que, como orador hábil, hacía su interlocutor.

— Gibassier, le dijo, si la América perdiera su independencia, estoy seguro de que seriais vos quien la encontraseis.

— No lo dudo, Mr. Jackal, respondió Gibassier. Decía, pues, que el joven al que estaba unido, con el que iba al trabajo, mi compañero de cadena en una palabra, era un mozo de veintitres ó veinticuatro años; era rubio, fresco y sonrosado como una paisana normanda; la limpidez de sus ojos, la serenidad de su frente, la pureza virginal de su rostro, todo, hasta su nombre de *Gabriel*, hacía de él una especie de mártir, le daba no sé qué aire solemne, que por unanimidad le había hecho llamar *el ángel del baño*.

No es esto todo: su voz estaba en armonía con su rostro; hubiérase dicho que era el sonido de una flauta; de modo, que yo que adoro la música, no pudiendo tener allí el lujo de un concierto, le hacía hablar, nada más que por oír su voz.

— En una palabra, dijo Mr. Jackal, una atracción indescible os llamaba hacia vuestro compañero.

— Atracción; esa es la palabra. En primer lugar, me atraía hacia él la cadena; pero preciso es que no fuese la cadena la que hacía la amistad. Había además una simpatía misteriosa que ha sido siempre un enigma para mí. Hablaba poco; pero bien diferente en eso de los otros; siempre que hablaba, era para decir algo: un día, era

para dejar caer una sentencia moral; sabía el Platón al dedillo, y sacaba de él adagios, que le consolaban en esta tierra de destierro. Otro día se entregaba á ultrajes y difamaciones para con las mujeres, ultrajes y difamaciones por las que os suplico creáis que le reprendía, Mr. Jackal. Otras veces, por el contrario, se entusiasmaba altamente por el sexo entero, á excepción de una sola criatura, que decía era la causa primera de su falsa posición; así que la maldecía con todo corazón.

— ¿Y cuál era su crimen?

— Un crimen de nada, una tontería de joven.

— ¿Á cuántos años estaba condenado?

— Á cinco años.

— ¿Y pensaba cumplir su tiempo?

— Al entrar en el presidio, esa fue su primera idea; llamaba á aquello una expiación; pero precisamente porque se le llamaba el ángel del presidio, un día recordó que tenía alas, y pensó en desplegarlas y volar.

— Sois todo un poeta, Gibassier.

— Era presidente de la Academia de Tolón, Mr. Jackal.

— Continúad.

— Una vez nacida en él la idea de recobrar su libertad, cambió de repente de aspecto y porte. De tranquilo se tornó en grave, de melancólico en sombrío. Ya no me dirigía la palabra más que una ó dos veces al día, y sólo respondía á mis preguntas con el laconismo de un espartano.

— ¿Y no adivinabais la causa de ese cambio, con un talento tan profundo como el vuestro, querido Mr. Gibassier?

— ¡Oh! sí tal; de modo que una tarde, al volver del trabajo, cambié con él las siguientes palabras:

— Joven, yo soy un viejo de la vieja, conozco los presidios, como maese Galileo Copérnico conoce las principales cortes de Europa. He vivido con bandidos de todos los matices, con presidiarios de todos los talantes; tengo experiencia, y puedo decir á primera vista: hé aquí un cofrade de tres, cuatro, cinco, seis, diez, veinte años de trabajos forzados.

— Y bien, me dijo con su voz dulce, ¿ adónde queréis ir á parar, caballero? Me llamaba caballero, y nunca me tuteaba.

— Llamadme milord en seguida, prefiero esto, le respondí. Pues bien, hé aquí adónde quiero venir á parar, caballero, á esto simplemente; soy un fisonomista de segunda fuerza, y al atribuirme sólo el segundo lugar, pensaba en vos, Mr. Jackal, y os hacía el homenaje del primero.

— Sois muy bueno, mi querido Mr. Gibassier; pero os confieso que ahora preferiría un braserillo á vuestros cumplimientos.

— Creed, mi buen Mr. Jackal, que si yo poseyera ese mueble, me desprendería de él en obsequio vuestro.

— No lo dudo; continuad.

Y Mr. Jackal tomó un polvo para calentar la nariz, ya que no los pies.

— Soy, pues, continuó Gibassier, un buen fisonomista, y voy á deciros sencillamente, mi joven amigo, qué pensamientos os agitan.

Escuchó atentamente.

— Cuando habéis llegado aquí, la novedad, lo pintoresco, el lado original del presidio os ha seducido como el aspecto de un sitio nuevo, y os habéis dicho: pues bien, con un poco de filosofía y mis recuerdos de Platón y de

San Agustín, tal vez me acomodaré poco á poco á esta vida sencilla, frugal, ingenua, á esta existencia de pastores. Tal vez con un temperamento linfático, os hubierais acostumbrado á ella como otro; pero vivo, ardiente, apasionado como sois, necesitáis espacio, aire libre, y pensáis que cinco años, y uno de ellos bisiesto, pasados aquí, son cinco de vuestros más bellos años perdidos sin que vuelvan. Ahora bien, en virtud de una deducción lógica de este pensamiento, deseáis sustraeros lo más pronto posible al destino á que os ha condenado una justicia madrastra. Ó no soy un verdadero Gibassier, ó hé aquí el objeto de vuestras meditaciones.

— Es verdad, caballero, respondió francamente Gabriel.

— Nada censurable encuentro en semejante meditación, mi joven amigo; permitidme sólo deciros, que hace un mes que estáis muy displicente, y me fastidia tener un discípulo de Pitágoras al otro extremo de mi cadena, y á quien encuentro que le ha llegado el momento de *festinare ad eventum*, como dice Horacio. Decidme, pues, cuáles son vuestros proyectos y vuestros medios.

— Mi proyecto es recobrar mi libertad, respondió Gabriel; en cuanto á los medios, los espero de la Providencia.

— Vamos, joven, sois aún más joven que lo que yo pensaba.

— ¿ Qué queréis decir?

— Quiero decir que la Providencia es una vieja usurera que no presta más que á los ricos.

— Caballero, dijo Gabriel, no blasfeméis.

— Dios me libre de ello, si eso me valiese algo, no digo que no. ¿ Pero dónde diablos habéis visto que la Providencia se ocupe de los desgraciados? Nuestro destino está en nosotros mismos, y hay un adagio antiguo que dice: « Ayú-

date y te ayudaré ; » este refrán, mi querido Gabriel, es sumamente exacto ; ahora bien, la Providencia nada tiene que ver aquí, y nosotros mismos hemos de buscar los medios de evadirnos, porque no os iréis sin mi, joven, me interesáis tanto, que no me separaré de vos ni una pulgada, ¡ pardiez ! no penséis, pues, en limar uno de vuestros anillos sin que yo lo sienta, porque yo nunca duermo más que con un ojo.

Por otra parte, tenéis buen corazón y comprenderéis que sería demasiada ingratitud abandonar á un antiguo compañero. Nada, pues, intentéis solo, en atención á que estamos encadenados uno á otro, como la hiedra y el olmo, ó si no os prevengo, mi querido amigo, que á la primera media vuelta que deis á derecha ó izquierda sin avisarme, no soy gazmoño, os denuncio.

— Hacéis mal en decirme eso, caballero, contaba con proponeros el que huyésemos juntos.

— Bien, joven, arreglado ese punto, procedamos metódicamente : en primer lugar, vuestra franqueza me agrada y voy á daros una prueba de afecto, que pudiera llamar paternal, confiándoos mis planes y llevándoos conmigo en vez de ser llevado por vos.

— No os comprendo, caballero.

— Naturalmente, joven, porque si me comprendieseis, no me tomaría el trabajo de explicarme. ¿ Sabéis por lo pronto (voy á ver de buenas á primeras qué adelantado estáis), sabéis por lo pronto cuál es el primer elemento de una evasión !

— No, señor.

— Es, sin embargo, el alfa del oficio.

— Hacedme, entonces, el favor de enseñármelo

— Pues bien, es una *bastringa*.

— ¿ Y qué es una *bastringa* ? No sabía lo que era una *bastringa*, M. Jackal.

— Espero, Gibassier, que no le habréis dejado en semejante ignorancia.

— Una *bastringa*, joven, es un estuche de hierro blanco, de abeto ó de marfil (la materia nada importa), de seis pulgadas de largo y de diez ó doce líneas de espesor, que pueda contener á la vez un pasaporte y una lima hecha con un resorte de muestra.

— ¿ Y dónde se encuentra eso ? preguntó Gabriel.

— Se encuentra... en fin, no importa, ved aquí el mío. Y con gran asombro suyo le manifesté el objeto en cuestión.

— Entonces, podemos huir, exclamó ingenuamente.

— Podemos huir, le dije, lo mismo que vos podéis con vuestros pies ligeros ir á pasearos hasta el punto en que el centinela haga fuego sobre vos.

— Pero entonces, preguntó Gabriel desanimado, ¿ de qué os sirve ese utensilio ?

— Paciencia, joven, cada cosa vendrá á su tiempo. Tengo intención de ir á pasar el Carnaval en París ; además, he recibido una carta de interés que me obliga á ir á dar una vuelta por la capital, de aquí á quince días. Os ofrezco que me acompañaréis.

— Entonces, ¿ vamos á huir ?

— Sin duda, pero con las precauciones necesarias : demasiado ardiente, joven, tenéis valor y resolución, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— No os asustará el dejar detrás de nosotros uno ó dos hombres.

El ángel Gabriel frunció las cejas.

— ¡ Diablo ! no se hace una tortilla sin romper los hue-

vos, como decía la cocinera del difunto Lúculo; tomarlo ó dejarlo; si hay que echar por tierra dos hombres al paso, es preciso decirme, Mr. Gibassier, ó milord Gibassier, ó señor conde Gibassier, los derribaré.

— Pues bien, sea, los derribaré, dijo resueltamente mi compañero.

— Bien, dije, sois digno de la libertad, y os la daré.

— Contad con mi reconocimiento, caballero.

— Llamadme mi general, y no hablemos más de ello; en cuanto al reconocimiento, volveremos á hablar de él en riberas más afortunadas. Entretanto, ved aquí de lo que se trata. ¿Veis bien esta hierba?

— Sí.

— Me la ha dado una amiga, y voy á partirla con vos. Y le ofrecí la mitad, diciéndole solamente:

— Que mi alma sea separada del cuerpo si no os devuelvo vuestra libertad.

— Pero ¿qué hierba es esta? preguntó Gabriel.

— Es una hierba maravillosa, con la que vais á frotaros el cuerpo. Apenas vuestra carne sienta el contacto de esa hierba bienhechora, cuando veréis salir de todas partes centenares de botones del color de las rosas de Bengala. Esto, al principio, os incomodará un poco, después mucho, y al fin, de una manera insoportable, que sin embargo, será preciso soportar.

— Pero ¿cuál es el objeto de esa fricción?

— Es, mi querido amigo, el daros la apariencia de que padecéis una de esas enfermedades *cutáneas*, erisipela ú otras, cuyos nombres científicos no recuerdo, á fin de ser enviado al hospital. Una vez allí, estáis salvado, mi buen amigo.

— ¡ Salvado !

— Sí, soy íntimo amigo de uno de los enfermeros del hospital, habladle de mí, y aguardad pacientemente.

Sé muchas cosas, mi querido Gibassier, interrumpió M. Jackal: pero aun no sé cómo, aun con la ayuda de un enfermero, se puede uno escapar de la enfermería, guardada por todo un puesto.

— Sois tan impaciente como el ángel Gabriel, Mr. Jackal, repuso Gibassier. Tened un poco de paciencia, y en cinco minutos sabréis el desenlace.

— Eso es lo que hago, dijo Mr. Jackal llenando su nariz de tabaco, y ya veis que me parece que doy pruebas de tener esa paciencia que me recomendáis, convencido de que siempre hay algo que aprender con vos, mi querido Mr. Gibassier.

— Sois muy bueno, Mr. Jackal, dijo el narrador. Y continuó.

CAPÍTULO VIII.

LA HIEDRA Y EL OLMO (CONTINUACIÓN).

— Frotóse Gabriel tanto y tan bien, que á las dos horas estaba cubierto de granos de la cabeza á los pies.

Se le envió al hospital.

Era justamente la hora de la visita. El médico le declaró atacado de una erisipela de las más malignas.

Al día siguiente del en que Gabriel había entrado en el hospital sufrió yo un ataque de epilepsia tan espantoso, que los facultativos me declararon desde luego hidrófobo, y me enviaron también al hospital.